

RAÍCES DEL NEUTRALISMO ÁRABE

VERA YAMUNI,
de la Universidad Nacional de México

EL MUNDO ÁRABE actual busca la unidad panarábica. Las luchas ideológicas y armadas, directas o indirectas, primero contra Turquía y después contra Europa, son las que hacen entrar a los países árabes en los conflictos de la política internacional y llamar la atención del mundo pensante contemporáneo hasta el punto de hacer de ellos uno de los objetos de su meditación. Pero el panarabismo no es, exactamente, un ideal reciente: tiene antecedentes remotos y, entre ellos, quizás el más conocido es el que representa el sultán Saladino, del siglo XIII, para unir a los árabes y expulsar de Jerusalén a los cristianos. Esta idea surge de nuevo en el siglo XIX, con el renacimiento literario y político de los países árabes, pero bajo la forma de islamismo o panislamismo, y va a pasar a ser, por las razones que expondré después, el panarabismo del momento presente, cuyo máximo representante es hoy el presidente de la República Árabe Unida, Jamal Abd En Naser. Estrechamente ligado al ideal panarábigo se encuentra la tesis de la neutralidad positiva, condición de posibilidad, como se verá también, de la realización de ese ideal.

La literatura y el pensamiento árabes renacieron paulatinamente al iniciarse el siglo XIX, después de un período en que el mundo árabe enmudeció y se replegó sobre sí mismo durante más de cinco siglos, lapso de tiempo que vino a coincidir, en buena parte, con el de su dominación por Turquía. Al imperio otomano no le interesó nunca despertar o desenvolver una cultura que se expresaba en lengua árabe, y esto a pesar de que siendo los turcos musulmanes, la religión les imponía, como a todo creyente en ella, rezar en árabe y tener por esta lengua el respeto consiguiente. Por otro lado, un conjunto de situaciones agobiaban a los países árabes: la

opresión turca, los altos impuestos que debían pagar por ella, una decadencia social y económica general, las supersticiones, etc. Todo esto trajo consigo un ambiente nada propicio a la creación original científica o literaria. 'Abd Ar-Rahman al Jabarti (1754-1825), historiador formado intelectualmente en la Mezquita Al-Azhar, en Egipto, ha descrito en sus *Crónicas* la decadencia social que dominó a Egipto durante el siglo XVIII y principios del XIX, y un ambiente general de superstición que coincide con la caída social y cultural del mundo árabe de esos tiempos:

Otro acontecimiento marcó al gobierno de Osmán Baja. El miércoles 24 del último mes del año musulmán, mes del año 1147 de la Hégira [1734 de la era cristiana], se extendió por todo El Cairo el rumor de que el fin del mundo y la resurrección general tendrían lugar el viernes siguiente del mismo mes. Esta noticia corrió por El Cairo y se esparció después en las provincias. Se hablaba sólo de eso, y todos decían a sus compañeros, despidiéndose de ellos: Nos quedan, exclusivamente, dos días de vida.

Muchas personas iban por el campo y los paseos, diciéndose las unas a las otras: Divirtámonos, digamos adiós a este mundo, antes de que venga la resurrección. Los habitantes de Djzeh, hombres y mujeres, se bañaron en las aguas del Nilo. Un buen número de individuos se entregaron a la aflicción y al terror. Otros se arrepintieron y se dedicaron a rezar, durante los dos últimos días que creían tener todavía de vida.

La gente de los pueblos, en general, tenía una fe inmovible en esta noticia. Era una verdad de la que no era posible dudar. Al que decía que era falsa, le respondían: Es una verdad irrefutable; la ha expresado el judío o el copto tal, y los dos conocen bien el arte de adivinar y la astronomía, y no se equivocan jamás. Añadían que uno de ellos había profetizado el viento que había soplado tal o cual día. Y se afirmaba que un individuo había ido a ver a un emir al que le había anunciado el fin del mundo y que tal persona estaba tan segura de que lo que anunciaba era cierto, que le había dicho al mismo emir: Póngame en la cárcel hasta el viernes, y si lo que profetizo no se realiza, me matará después.

El temor y la emoción aumentaban cada vez más. Por fin llegó el viernes tan temido, pero durante ese día no ocurrió nada extraordinario. El sábado por la mañana se escuchó el rumor de que un doctor de la ley había dicho que el Sayyid Ahmed el Badaui,* el

* Subgobernador musulmán de Egipto. Nació en el año 1199 de la era cristiana, en el norte de África, y murió en Egipto, en 1276.

Sayyid El Desuki,* y el Sayyid El Shafi'i** habían intercedido ante Dios por los hombres, para obtener que se pospusiera el fin del mundo, y que Dios lo había concedido. El que escuchaba respondía a quien le anunciaba tal noticia: Dios quiera que esos elegidos nos sean útiles. Compañeros, todavía no hemos vivido bastante, y añadía otras tonterías parecidas.

¡Cuántas cosas en Egipto provocaban una risa próxima al llanto!

El primer síntoma del renacimiento árabe se dio en el dominio religioso, con el wahhabismo, la doctrina ortodoxa que combatió las deformaciones de la religión islámica y las supersticiones. A principios del siglo xviii había nacido en el Najd, centro de la península arábiga, Mohammed Abd Al Wahhab. Conocía bien la teología y la jurisprudencia musulmanas, y visitó, siguiendo una costumbre antigua, las grandes escuelas de las capitales del Oriente Islámico. En Bagdad estudió, entre otras, la doctrina de Ahmed B. Hanbal, fundador de la última de las cuatro escuelas jurídicas ortodoxas y defensor del principio de la validez exclusiva de la tradición, en contra de los juristas anteriores, que preferían hacer concesiones a la razón. Sus estudios despertaron en él la convicción de que el Islam de su tiempo, el del período de la dominación turca, era una doctrina y práctica decadente, y al regresar a su patria quiso devolverle la fuerza y pureza originales. Abd Al Wahhab se opuso enérgicamente a que se venerara al profeta Mohammed y a otros hombres estimados como santos por la influencia del cristianismo. Además, obligó a sus adeptos, con rigor implacable, a no descuidar la oración del viernes, y les prohibió toda manifestación de lujo, como los trajes de seda y los adornos en mezquitas y tumbas. Y no sólo prohibió, siguiendo en esto al profeta Mohammed, el uso de los estupefacientes, sino que incluyó entre ellos el tabaco. Supo comunicar a sus adeptos su espíritu belicoso y su entusiasmo por la reforma, y muy pronto uno de ellos, Mohammed B. Sa'ud, conquistó y sometió a la nueva reforma a los habitantes de treinta leguas cuadradas de la península ará-

* Mufiti del rito malekita, y uno de los ulemas de El Cairo. Murió en el año 1815 de la era cristiana.

** Mohammed Ibn Idrisi, uno de los fundadores del rito musulmán denominado Shafi'i, y gran autoridad en jurisprudencia musulmana.

biga. Sus descendientes continuaron con la misma política de conquista, e incluso hoy, la familia reinante, la Seudita, los favorece y sostiene para mantenerse en el poder.

La importancia de la reforma iniciada por Abd Al Wahhab no radica en lo extremado de su puritanismo, ni en sus intentos, fructíferos sobre todo en la península arábiga, de hacer retornar el Islam a su estado primitivo. Tales intentos fueron siendo cada vez más difíciles de conciliar con la modernización de los países árabes, y en el presente, a pesar de que aspectos particulares de la doctrina se han perpetuado en algunos musulmanes, la conciencia general del mundo árabe no va hacia un panislamismo, sino más bien hacia un panarabismo: el arabismo, y no el islamismo, se ha impuesto. El islamismo es un concepto religioso y un movimiento que iría más allá del mundo árabe, puesto que éste es relativamente pequeño si se le compara con el musulmán, a pesar de que la mayoría de los árabes son musulmanes. Y, sin embargo, la reforma iniciada por Adb Al Wabliab tiene importancia por el hecho de haber contribuido entonces, y con sus partidarios después, a despertar la conciencia islámica que inspiró una parte del pensamiento árabe durante el siglo XIX, y que llegó a culminar, transformándose, en el movimiento denominado hoy panarabismo.

El imperio otomano casi no atribuía a Egipto otra importancia antes de su conquista por Napoleón, que la de una fuente de ingresos y una base de operación para mantener su autoridad en Siria y Arabia. Inglaterra había concluido, desde 1778, con el mameluco Ali Bey, un tratado comercial que le permitía la navegación en el Mar Rojo. Pero cuando Napoleón vio que la dominación de Egipto significaba acabar con la inglesa de la India, y desembarcó con su ejército en Alejandría, bajo pretexto de que la mala administración de los mamluks amenazaba la fortuna de los franceses, primero Inglaterra, y después el sultán Selim III, inquieto ante la intervención extranjera en sus derechos soberanos, se propusieron expulsar a los franceses. Así, en 1799, el Sultán envió algunos barcos de guerra a Egipto, con Mohammed Ali como

consejero, con el propósito de combatir la ocupación napoleónica. Los franceses, sin embargo, se quedaron tres años.

El pueblo egipcio, a pesar de carecer de una conciencia política y de sentirse abrumado por la opresión otomana, no podía ver a los franceses como sus libertadores de los ingleses, ni a éstos como sus libertadores de los franceses. En cambio, el sentimiento de ser musulmanes los hacía ver en los otros, con religión diferente o sin ella, a extranjeros. Sin embargo, el pueblo egipcio llegó a relacionarse en algún sentido con el francés, aunque las relaciones de la tropa francesa con las mujeres del país llegaron a irritarlo, según Jabarti, cuyo testimonio, por otra parte, no es el único:

En el curso de ese año [1800], el libertinaje comenzó a ser costumbre entre los egipcios. Las mujeres francesas que llegaron con el ejército se paseaban por la ciudad con el rostro descubierto y vestidas con trajes y pañuelos de seda de diversos colores. Montaban a caballo o en borrico, y llevaban telas finas sobre sus hombros. Galopaban por las calles, riendo y bromeando con los que conducían sus caballos y con los egipcios de más baja clase.

Esta libertad indecente gustó a las mujeres de mala educación de El Cairo, y como los franceses sentían que era un honor el someterse a las mujeres y les hacían regalos y otras liberalidades, las mujeres comenzaron a relacionarse con ellos. Durante los primeros tiempos, ellas se habían abstenido, pero después que Bulaq fue tomado por asalto y que tuvo lugar la revuelta de El Cairo, los franceses se hicieron de las mujeres y las jóvenes que les gustaron, y las hicieron vestirse a la manera de su país y adoptar sus propias costumbres.

A partir de entonces el libertinaje se extendió rápidamente por toda la ciudad. Muchas mujeres, estimuladas por el amor a la riqueza o la galantería de los franceses, imitaron el ejemplo de las de Bulaq. En efecto, entonces los franceses tenían en sus manos todo el dinero del país, y se mostraban siempre sumisos a las mujeres, incluso en el caso de que éstas los azotaran con sus pantuflas.

Muchos franceses pidieron la mano de las hijas de los hombres distinguidos de El Cairo, y éstos accedieron a la alianza, ya por avaricia, ya para tener protectores en el ejército. La condición única que se les pedía era que respetasen las dos religiones, pero eso no les costaba nada, porque no tenían ninguna.

Las musulmanas casadas con franceses se adaptaron muy pronto a las costumbres de ellos. Se paseaban con los hombres, vestidas a la europea, y se mezclaban en todos los asuntos. Guardias con bas-

tones marchaban delante de ellas, abriéndoles el paso a través de las multitudes, como si se tratara de un gobernador.

Las negras, que veían el amor que los franceses sentían por las mujeres, escalaban los muros de las casas en donde servían para ir, en grupos, a buscarlos. Los introducían en las casas de sus patrones, y les indicaban dónde escondían las fortunas.

La falta de pudor se hizo evidente, sobre todo durante las fiestas que se celebraban a causa del crecimiento de las aguas del Nilo. Fue entonces cuando las mujeres, haciendo a un lado la vergüenza, se dejaron llevar, sin contenerse, por sus inclinaciones. Iban a los barcos con los franceses, vestidas coquetamente y adornadas de alhajas, y se dedicaban durante el día y la noche a bailar, al canto y a las orgías. Los marineros egipcios, con la cabeza llena de hashshich,* hacían toda clase de muecas, imitaban la lengua de los franceses, y sus gritos confusos se mezclaban con el canto de las mujeres y la música.

El paso de Napoleón por Egipto fue demasiado rápido para tener una influencia decisiva en el país; sin embargo, se fundaron algunos hospitales que ayudaron a aminorar las enfermedades de los ojos, de que tanto padecía el campesino egipcio, así como un instituto, cuya biblioteca constituyó la admiración del propio Jabarti:

Se encuentran en ella** un gran número de libros de sus propios escritores, y tiene bibliotecarios y empleados que los cuidan y los muestran a los estudiantes que quieren consultarlos. Vienen con frecuencia, según sus intereses, y allí se reúnen los estudiantes todos los días, por la mañana, durante dos horas, y se sientan en la gran sala del edificio, delante del conjunto de libros, en sillas rectas, puestas a lo largo de mesas grandes. Al que quiere consultar un libro, el bibliotecario se lo presenta. Los hojean, revisan y escriben allí incluso los más simples soldados. Cuando se presenta un musulmán que quiere ver algo, no le prohíben la entrada ni siquiera a los lugares más importantes, y lo reciben con afabilidad y sonrisas, manifestando estar contentos de su venida, y le otorgan generosamente su simpatía y amistad, en especial al ver en él interés o conocimiento o curiosidad por el saber, además de que le muestran diversas clases de libros impresos, llenos de ilustraciones, estampas de países, de continentes, de animales, de pájaros y de plantas, de

* Hierba estupefaciente.

** En la casa de Hassan Kashif, el cual había huido antes de que llegaran los franceses, y que pasó a ser la biblioteca del Instituto Egipcio, fundado por Napoleón.

la historia antigua o de las naciones, de exposiciones sobre los profetas, con sus imágenes, sus ideas célebres y sus milagros, los acontecimientos de sus países, todo lo cual deja estupefacto.

Recurrí a ellos varias veces y me pusieron al corriente con respecto a todo lo anterior. Una de las cosas que vi fue un gran libro sobre la vida del Profeta (que Dios lo proteja y le otorgue la paz), en el que se encontraba su noble imagen, hecha según sus propios saberes y esfuerzos.

Casi dos años después de la llegada de Mohammed Ali a Egipto, los franceses se vieron obligados a evacuar, en agosto de 1801, Egipto. Mohammed Ali (1769-1849), albanés de origen y ciudadano otomano, había nacido en Kavala, Macedonia, ciudad donde se inició en la política bajo la dirección de su tío, entonces subgobernador de Kavala. A la edad de veinte años ya especulaba con éxito en el tabaco, el principal artículo de comercio de su patria. Mohammed Ali fue un organizador inteligente, y el primero en preparar el camino para que Egipto fuera el primer estado árabe moderno. Pero lo hizo sin darse cuenta de que una nación egipcia podría surgir de aquel mundo todavía en formación. Intentó formar un imperio árabe, cuyos califas serían él y sus descendientes, a pesar de que no era árabe, ni hablaba la lengua, ni sentía mucha simpatía por los árabes.

Su hijo Ibrahim, elemento importante en el triunfo de las campañas de su padre, y que se había educado de muchacho en Egipto, hablaba mucho más sinceramente del despertar del mundo árabe y de la riqueza de la lengua propia de ese mundo. Y, sin embargo, la familia real que formara Mohammed Ali continuó sintiéndose, como él, extranjera en Egipto, y no pudo concebir la idea de un nacionalismo egipcio, como tampoco lo pudo imaginar el grupo dirigente que cooperaba con la dinastía balcánica, por ser extranjeros que tenían su origen en los diversos pueblos que componían el imperio otomano. Todos ellos mostraron más interés por la literatura turca que por la árabe: de allí que sea significativo el hecho de que las imprentas establecidas en El Cairo por el gobierno de Mohammed Ali imprimieran reglamentos militares en turco y obras clásicas de la literatura turca.

Lo anterior trajo como resultado que las primeras manifestaciones auténticas del renacimiento árabe y del despertar de la conciencia árabe se dieran en Líbano-Siria, y no en Egipto. En Líbano y en Siria las comunidades árabecristianas, y en especial los maronitas, habían cultivado desde la Edad Media la amistad de la Europa católica. En Roma se había fundado, en el año 1584, un seminario maronita que facilitó la educación excepcional de algunos cristianos del Líbano. Los jesuitas franceses llegaron a Líbano-Siria en 1625, y a pesar de la intolerancia de la época, lograron sostener y trabajar con algún éxito en las escuelas elementales que abrieron en Damasco, Alepo y en el Líbano, hasta el año 1773, cuando fue prohibida la orden.

Como su propósito principal, sin embargo, era el proselitismo, no llegaron a hacer revivir la expresión en lengua árabe, que prácticamente siguió en el estado decadente de antes. Regresaron en el año 1831, al ver que los misioneros norteamericanos protestantes que llegaron en 1820 habían logrado convertir al protestantismo a algunos católicos. Esos misioneros fueron los primeros en darse cuenta que lo que el país necesitaba era un sistema de educación concordante con sus propias tradiciones, y con este fin trajeron a Beirut una imprenta que algunos años después dio libros suficientes para las necesidades de las escuelas que fundaron y otras más. También crearon el colegio protestante sirio, institución que merece mención aparte porque después se transformó en la Universidad Americana de Beirut, una de las principales universidades del Líbano, incluso hasta el día de hoy, y que tuvo el mérito de ser la primera moderna del Medio Oriente Árabe. Los jesuitas fundaron entonces la universidad rival de San José.

A las misiones protestantes les cupo en suerte ser ayudadas en su tarea educativa por dos árabes cristianos, libaneses: Nasif Al Yaziji (1800-1871) y Butrus Al Bustani (1819-1883), las dos primeras grandes figuras del renacimiento árabe. Nasif Al Yaziji fue un autodidacta, pues sus primeros conocimientos de la lengua árabe los recibió del cura de su pueblo. Por ese

entonces eran los clérigos, en buena proporción, los maestros de la montaña libanesa. La curiosidad intelectual que Yaziji mostró desde muy joven, no pudo ser satisfecha con las lecciones elementales del cura de su parroquia, y muy pronto recurrió a los manuscritos que se conservaban en las bibliotecas de los conventos, dada la falta casi completa de libros impresos durante esos tiempos. Cuando daba con un texto que le parecía digno de estudio, se lo aprendía de memoria o lo copiaba pacientemente a mano.

Así llegó a conocer buena parte de la literatura árabe clásica, y pudo darse cuenta del deplorable estado decadente de su propia lengua. Por eso la mayor parte de sus esfuerzos, así como los de Bustani, se orientaron a devolver a la lengua árabe la belleza que tuvo en su apogeo. Nasif Yaziji escribió textos didácticos para las escuelas, además de poemas influidos por moldes clásicos: "La patria se salva salvando su lengua", pensaba. Y en esta creencia educó a sus doce hijos, uno de los cuales es conocido como partícipe en la lucha por la independencia de los países árabes, así como por un poema en que incita a los sirio-libaneses a la insurrección contra los turcos, y que fue el primer grito del nacionalismo árabe.

Butrus Bustani, en cambio, había recibido la mejor educación posible en aquellos tiempos. Estudió siríaco, latín y literatura árabe en el colegio del convento de 'Ain Waraqa, en el Líbano, fundado en 1789 por clérigos maronitas, y el mejor centro de enseñanza de Siria y Líbano durante la primera mitad del siglo XIX. Llegó a saber, además del siríaco y el latín, y a diferencia de Al Yaziji que sólo conocía el árabe, el francés y el inglés. En 1840 vio de cerca a los misioneros norteamericanos, con los que se sintió afín, y renunció a la fe maronita para adoptar la confesión presbiteriana de ellos. Los misioneros le pidieron que tradujera al árabe la Biblia, y a partir de entonces se puso a estudiar el hebreo, el arameo y el griego, y llegó a dominar todas las lenguas de los textos bíblicos originales. Al igual que Al Yaziji, escribió libros para las escuelas, y publicó un diccionario de lengua árabe y seis volúmenes de una enciclopedia que la muerte le impidió concluir. También fundó una escuela, que se llamó Nacional,

cuyo principal maestro de árabe fue Nasif Yaziji, y sus discípulos fueron los primeros que obraron para liberar a Siria de la opresión turca.

La rivalidad entre Inglaterra y Francia, que llevó a Napoleón a desembarcar su ejército en Egipto en 1798, trajo consigo la interferencia de ambos países en el Líbano: querían obtener para sí el mayor predominio sobre el mundo árabe, todavía en manos de los turcos. Argelia había quedado bajo la ocupación francesa en 1830, medio siglo antes que Túnez y ochenta años antes que Marruecos. Inglaterra, que defendía a su favor la libertad de comunicaciones, dada su dominación en la India, estableció formalmente su protectorado en Egipto en 1882. Francia se asoció, además, durante la primera mitad del siglo XIX, con los maronitas, el grupo cristiano mayor del Líbano, e Inglaterra con los drusos del mismo país. Por otra parte, el campesino cristiano del norte del Líbano, dirigido por curas del lugar, se levantó en 1860, contra los señores feudales de su misma religión. El movimiento se extendió al sur del Líbano, en donde había cristianos que trabajaban con señores drusos. El campesinado druso, de acuerdo con el feudalismo de la época, persiguió y mató a campesinos y libaneses de otras clases, todos cristianos. Éstos ofrecieron en algunas partes una heroica resistencia, y en otras contraatacaron a los drusos con igual ferocidad.

El odio se extendió por todas partes. Los musulmanes de Damasco invadieron un barrio habitado por cristianos y mataron a la mayoría de ellos. Las misiones católicas, y en particular las de los jesuitas, fueron las principales víctimas. Los turcos, o pretendían no ver nada, o se ponían del lado de los drusos. Una fuerza expedicionaria francesa llegó entonces a Beirut. Las matanzas tocaban a su final, pero la presencia de aquélla contribuyó a terminarla y a mantener después la paz. La consecuencia política de los hechos anteriores fue la división de Siria, por parte del imperio otomano y de acuerdo con Francia e Inglaterra, en dos provincias; además, la separación del Líbano de Siria, con una forma de gobierno adecuado a la peculiar situación libanesa, semi-autónoma, pero todo dentro del imperio otomano. La matanza del año 1860

tuvo una influencia decisiva en la historia de las ideas políticas árabes. Creó o reforzó en los jóvenes pensadores de entonces, algunos alumnos de la Escuela Nacional fundada por Bustani, no sólo un ideal de libertad, sino de alejamiento de todo sectarismo.

En medio de este ambiente de sectas, de rivalidades y de odios, escriben Yaziji y Bustani. Es comprensible que uno de sus temas sea la tolerancia y el perdón, como el siguiente texto de Bustani:

Sólo cuando el hombre se aleja de las pasiones, cuando cierra los ojos y soporta la injuria, cuando se abstiene de vengarse, se protege contra la flaqueza y la debilidad.

El débil que no responde a la injuria con injuria, debido al miedo o a su propia flaqueza, no tiene ningún mérito. Entonces su silencio frente a la venganza no puede llamarse clemencia o perdón, porque su propensión al odio arde todavía en su pecho y le lleva a vengarse en cuanto tenga la oportunidad, del que le ha hecho mal, a fin de calmar su irritación excesiva y gozar del sufrimiento que padecerá su enemigo.

El perdón debe ser, absolutamente, un verdadero perdón, ya que el ofendido ha de borrar de su corazón todas las huellas de rencor y de resentimiento. Será, entonces, como si ni el menor daño le hubiese acaecido. Al tratar así a su enemigo, debe hacerlo sin esperar recompensas terrestres. No hubiera temido más la censura, si su alma hubiese encontrado la venganza agradable.

Si no la encontró agradable fue porque escuchó la voz de su naturaleza profunda, dada la pureza de su intención. Más aún, es por el amor de Dios, que manda el dominio de sí mismo, que se deben ejercitar las buenas obras, y la dulzura para con los que nos han ofendido.

Justamente entonces se le considerará entre los magnánimos y obtendrá una alta recompensa por su benevolencia y longanimidad. Pues es evidente que si el hombre domina su cólera excesiva y reprime el ardor de su irritación, si apaga el fuego de su resentimiento y pone riendas al desencadenamiento del mal y de la venganza, siente entonces manifestarse en él el bienestar más alto, el que hace palidecer toda otra buena acción.

Tenemos hoy, inevitablemente, necesidad de ejercitar esa virtud, para arrancar el odio de nuestros pechos y apagar los rencores que hacen estragos en nuestras venas. Cuando eso hagamos, las vías ascendentes de la unión y de la alianza se allanarán a nuestro paso. En el interior de nosotros revivirá el alma del noble patrio-

tismo, gracias al cual el progreso del país será más firme a lo largo de los peldaños de la felicidad y la grandeza.

Pero motivos políticos unas veces, otras la falta de una terminología que respondiera a las necesidades de las ciencias modernas, llevó a las escuelas extranjeras en Líbano-Siria a dar un giro diferente a la orientación de la educación establecida en esos países por Yaziji y Bustani: hicieron de sus alumnos grandes conocedores de literaturas y de lenguas extranjeras, sobre todo de la francesa y la inglesa, y sus actividades tuvieron como efecto una expresión apolítica, muchas veces influida por estas literaturas, aun cuando procuraron adaptar los temas y métodos a la situación de los países árabes. Ejemplo de tal tipo de literatura es la siguiente descripción de Charles Martel y de Abd Ar-Rahman, gobernador de España durante el califato omeya, en la batalla de Poitiers, del historiador y novelista libanés Jirji Zaidán (1861-1914):

Carlos escondía en su fuero interno la misma intención que Abd Ar-Rahman. El primero, viendo la derrota de su ejército —el sol marchaba entonces hacia el ocaso—, comenzó a buscar al jefe del ejército árabe para medir con él sus fuerzas. Cuando Abd Ar-Rahman lo vio, lo reconoció por el estandarte que tenía a su lado. Carlos se dirigió a su caballo, como montaña en marcha. Llevaba una coraza de acero, formada de escamas superpuestas, que le cubría el pecho, los hombros y los brazos, y que se extendía desde los muslos y piernas hasta los pies, e incluso hasta los estribos. Sobre su cabeza tenía un casco adornado con una cruz en la parte superior. De ambos lados del casco y de su parte trasera salía un tejido de malla de acero que le cubría las mejillas y la nuca. Sobre el pecho de su corcel, una placa de hierro, con forma de coraza, unida a la parte de adelante de la silla de montar. Carlos levantaba con su mano derecha una masa de hierro en forma de cruz; con la izquierda empuñaba un estandarte que tenía el signo de la cruz, emblema del Señor, del Cristo crucificado, y apoyaba el asta del estandarte en el estribo izquierdo.

El casco de Abd Ar-Rahman era, en cambio, al igual que el de todos los árabes, el turbante, y a pesar de la finura y delicadeza de éste, le protegía la cabeza tanto como un casco. La coraza, colocada sobre el manto beduino de lana, le cubría el pecho. En la cintura llevaba el sable y el puñal. En resumen, tenía un aspecto más ligero y veloz que Carlos, y casi no había diferencia entre su fiso-

nomía y apariencia y las de sus jinetes. Carlos, en cambio, se distinguía de sus hombres por el casco, la armadura, el estandarte y el corcel.

Así, pues, el movimiento de renacimiento árabe que se iniciara en Líbano y Siria y que comprendía la idea de la salvación de la patria por medio de la lengua, estimuló la creación de una literatura apolítica, sobre todo en el Líbano, y contribuyó a la formación de una conciencia nacionalista, especialmente en Siria. Pero este movimiento iba a traer otra consecuencia de mayor importancia para la política internacional. En Siria comenzó la lucha directa contra Turquía y a favor de la independencia de Siria y Líbano, y también de Iraq. Mas el espionaje y la vigilancia policíaca turca no dejaron a los sirios y libaneses otra posibilidad que la de recurrir a las organizaciones secretas. Así, cinco jóvenes árabes, educados en el Colegio Protestante de Beirut, se reunieron en 1875 y formaron una sociedad secreta, aparentemente literaria, que llegó a tener veintidós miembros, uno de los cuales era el hijo de Nasif Yaziji. Poco después, la tiranía del sultán turco Agdul Hamid obligó a los miembros más eminentes de esa sociedad, así como a los nacionalistas sirios, a refugiarse en Egipto. El Cairo se convirtió en centro de conspiración contra el Sultán. Allí editaron periódicos los emigrados nacionalistas, lucharon por la independencia y dejaron sentir su influencia, a través del periodismo, en todo el mundo árabe, cosa que avivará la lucha de los países árabes inmediatamente después de la primera Guerra Mundial para liberarse de todo dominio extranjero, con lo cual atraen sobre sí el interés del mundo.

EGIPTO INICIÓ el renacimiento y el despertar a la vida moderna apoyándose en el Islam, aunque no en el wahhabismo. Esta última doctrina, que combatió en el siglo xviii y xix las deformaciones en que había caído el Islam, como religión y forma de vida, y que pretendía hacerlo retornar a su estado primitivo, tuvo que perder su fuerza de expansión originaria por no poder hacer frente a la modernización cada vez más acen-

tuada. El islamismo dominaba la vida espiritual de estos países en el momento de la primera auténtica insurrección egipcia contra la dominación turca, la de Ahmed Arabi. Éste había ingresado desde joven al ejército, y tuvo la suerte de llegar a ser coronel, cosa entonces difícil para un hijo de campesino como lo era él. Inició, junto con un grupo de políticos conscientes, una campaña contra la política del gobernador turco, Tawfiq Bajá, y de febrero de 1879 a julio de 1882, le impuso, sucesivamente, la dimisión de dos ministros, uno armenio y otro turco, y la formación de un gobierno nacional presidido por Mahmud Sami Al Barudí, quien, a su vez, nombró a Arabi ministro de guerra. Se adoptó, además, una constitución liberal y se creó una asamblea nacional que supo interesarse en los problemas del pueblo.

Esta campaña contra la oligarquía turca culminó en 1882 con una insurrección contra ella. El gobernador Tawfiq pidió auxilio a los ingleses, y éstos, que veían en Egipto, a causa de la inauguración del Canal de Suez en el año 1869, una ruta que, de no ser suya, podía hacer peligrar sus intereses en la India, enviaron grupos expedicionarios a Egipto, justificándose con la idea de que los extranjeros corrían allí peligro, y derrotaron a Ahmed Arabi. Una vez ganada la batalla, los ingleses permanecieron en Egipto, y éste pasó a ser un país ocupado. Jemal Addin (1839-1897) luchó entonces, con la voz y la pluma, para despertar en la juventud egipcia auténticos deseos de liberación.

Jemal Addin nació en Irán, y en 1870 había llegado a Constantinopla, donde el gobierno y las clases cultivadas le recibieron muy bien, gracias a su reputación como sabio eminente del mundo islámico. A pesar de la impresión que causó en los cursos y conferencias que dio en la Universidad de Constantinopla, entonces recién fundada, el medio islámico reaccionario le acusó de "libre pensador", y tuvo que irse a Egipto, en donde le acogieron con gran simpatía. Jemal Addin proclamó la liberación de los países árabes respecto de Europa, en nombre del islamismo, pero ya no como los wahhabitas, que querían un regreso al estado primitivo de éste, sino todo lo contrario, utilizando los métodos científicos de

Europa, para poner al Islam a la altura de la civilización moderna.

Sus discursos a favor de la liberación de Egipto llevaron a los ingleses a expulsarlo del país, y se exiló en la India; en 1883 pudo salir con rumbo a París, en donde disputó con Renán. Allí continuó exponiendo por escrito sus ideas, y tuvo como aliado y amigo en esta tarea a su discípulo, el egipcio Mohammed Abduh (1849-1905), también exilado después de la insurrección de Arabi en Siria. Abduh, uno de los más importantes juristas modernos del Islam, ejerció gran influencia en la reforma de la noción de justicia, así como en los métodos de enseñanza de la Universidad Al-Azhar, de Egipto. Es el verdadero fundador del Islam moderno, y ha querido mostrar, con su interpretación del Qor'an, en contra de los tradicionalistas excesivos, su capacidad de sobrevivir y adaptarse al mundo oriental transformado por la civilización moderna, como puede verse en su libro *Exposición de la religión musulmana*:

El Islam ordena que deben trabajar todos los que son capaces de hacerlo, y declara que todo hombre asume las consecuencias de sus actos, buenos o malos: "El que lleva a cabo un átomo de bien, lo verá, y lo verá también quien hace un átomo de mal. El hombre tendrá sólo lo que hubiese ganado" (Qor'an, 99 7 y 53, 40). El Islam permite a todo hombre apropiarse de lo que desea para apaciguar su hambre y su sed y para vestirse y remediar su situación, y sólo prohíbe lo que le daña a él o a sus dependientes, o aquello cuya adquisición perjudique los derechos ajenos. Ha dado reglas de conducta considerando los intereses de toda la humanidad; ha garantizado a todos los hombres la independencia de sus actos, abriendo así un campo vasto a la competencia que se funda en el esfuerzo, y haciendo que la actividad del hombre no encuentre más límite que el respeto por los derechos dignos y bien reconocidos.

El Islam ha condenado siempre el *Taqlid* [la tradición], es decir, la imitación ciega de las creencias y el ejercicio mecánico de los deberes religiosos, y ha dado con ello al *Taqlid* golpes decisivos. Ha dispersado el conjunto de tradiciones que había conquistado a los espíritus y arrancó las raíces de ellas, las cuales se habían implantado en las inteligencias, y destruyó las columnas y los arcanos sobre los cuales se apoyaban las creencias de los pueblos.

El Islam nos aleja de la afición excesiva a las cosas que nos vienen de nuestros padres, y califica de ignorantes o de limitados a quienes

siguen ciegamente las palabras de los antepasados. Nos muestra que ser anterior en el tiempo no constituye ni una prueba de saber, ni una superioridad de espíritu o de inteligencia, y nos dice que tanto a los antepasados como a los descendientes pertenece el espíritu crítico y las facultades naturales. Más aún, nos enseña que a los descendientes, puesto que conocen los acontecimientos del pasado, les es posible meditar sobre ellos y pesar la utilidad de sus consecuencias, cosa que faltó a los antepasados. También nos muestra que las consecuencias funestas de las acciones cometidas por los antepasados y el mal que hubiesen recibido como castigo a sus crímenes, puede ser considerado como un resultado benéfico para las generaciones futuras.

La voz del Islam se ha elevado siempre contra los prejuicios de la ignorancia, ha declarado que el hombre no ha sido creado para ser arrastrado por riendas, sino al contrario, que tiene una naturaleza tal que le permite ser guiado por la ciencia y el conocimiento, la ciencia del universo y el conocimiento del pasado.

Egipto inició, pues, su renacimiento y despertar a la vida moderna, así como su lucha por la independencia, apoyándose, parcialmente al menos, en el Islam; pero Turquía, que deseaba mantener el imperio otomano, invocó la solidaridad musulmana para defender su prolongada dominación. Los árabes opusieron entonces a la solidaridad islámico-turca, la idea de la unión de la patria árabe, que ha culminado en nuestros días en el panarabismo.

La consecuencia de los primeros gritos en favor de la nación egipcia, dado por Arabi, Jamal Ed-Din y Abduh, fue la ocupación; pero ella misma contribuye a que los egipcios comprendan más a fondo el significado de la insurrección de Ahmed Arabi, y lo que va a determinar la diferencia de actitud, en sus orígenes, del nacionalismo sirio y el egipcio. Los nacionalistas árabes de Siria e Iraq se inclinaron del lado de Inglaterra durante la primera Guerra Mundial, con la esperanza de que los ayudara a liberarse de la dominación turca. Egipto, que incluso durante la ocupación inglesa continuaba formando parte del imperio otomano, no tuvo fe en las actividades antiturcas de los sirios, iniciadas desde 1880, porque, dada la ocupación inglesa, que no habían padecido los sirios, sentían que liberarse del imperio otomano significaría caer completamente en manos de Inglaterra. Este doble

dominio inglés y turco explica muy bien por qué tenía que ser Egipto el país que creara, ya en el inicio de su reivindicación de independencia, la tesis política de la "neutralidad positiva". Y así, Mustafá Kamil (1874-1908), representante del habitante urbano y nacionalista de esa época egipcia, expresó de manera precisa, al combatir el dominio inglés, la tesis de la llamada "neutralidad positiva", esencial y característica de la política egipcia del momento presente. El "neutralismo positivo" tiene sus raíces, como lo prueba el Egipto de los tiempos de Mustafá Kamil, en la imposibilidad de enfrentarse a las armas y a la voluntad de conquista de los grandes países resueltos a regir los destinos ajenos. Mustafá Kamil presentó en esta forma la neutralidad positiva:

Vosotros, los egipcios, fieles a Egipto, proclamad la verdad en nuestra patria y en las otras naciones. Decidle al egipcio que es persona humana y que le corresponden los derechos del humano. Le veréis entonces, como los hombres de las naciones libres, empuñando con toda fuerza y ardor la bandera nacional. Decid al campesino egipcio que fue creado como humano al igual que todos los humanos, y que Dios le otorgó en esta vida los derechos de los mejores individuos. Decidle que tiene una voz, que si la eleva, será oída en todo el mundo, y que no fue creado para beneficio de los otros, sino para trabajar por su patria y para sí mismo. Entonces lo veréis como el más resuelto de los hombres, defendiendo los derechos del pueblo y de la patria. Decid a la nación egipcia que es una nación como todas las naciones, y que, por lo tanto, posee entre sus más sagrados derechos el de gobernarse por sí y ante sí misma, y no el de ejecutar los deseos de otras naciones, y que le corresponde tener en su país alta palabra y fuerza de gobierno, sin que se replique a sus órdenes. Cuando logre esto, se dará a la nación vida y pueblo fuerte, y no veréis a los que se mofan de sus deseos y reivindicaciones.

Proclamad los problemas de Egipto en todos los países y en todos los círculos. Los egipcios no están solos. A ellos pertenecen los derechos de Egipto, no a los ocupantes, y en este sentir están con ellos muchas naciones europeas.

Lo mejor que puede ocurrirle a Egipto es que se unan las naciones europeas con la egipcia en contra de la ocupación inglesa, porque en tal cosa radica la salvación y la paz.

No somos, Señores, aliados de un país sin país. Somos aliados de la nación egipcia, de la patria de nuestros padres y antepasados, y de la de nuestros hijos y descendientes. Así, *si surgiera un país*

que mostrase amistad hacia Egipto, y propensión a ayudarlo, será nuestro mejor amigo y seremos sus mejores partidarios. El interés de nuestra patria, el interés nacional, antecede a todo interés, y nos impone tener agradecimiento desde lo profundo del alma hacia los políticos de Europa que han rehusado cooperar con el inglés en contra de Egipto, y a los que pusieron un límite a los ingleses en la ocupación del país.

Tal es el interés nacional, el que nos impone dar las gracias a cualquier hombre, pertenezca a la nación que pertenezca, que defienda los derechos de nuestra patria y nos ayude a recuperar nuestra libertad y nuestros legítimos derechos.

Toda ocupación extranjera deshonra a la patria y a sus hijos, y el deshonor, necesariamente, tiene que desaparecer.

Esta tesis de la neutralidad positiva es, en esencia, la misma que aplica el presidente 'Abd En Naser en la solución de sus problemas actuales de gobierno. Tal cosa responde, no a la hipocresía o la vacilación en la selección de países amigos, como se interpreta a veces la conducta actual de Egipto, y en particular la de su presidente, sino a la necesidad que ha tenido Egipto de liberarse de una doble ocupación, la otomana y la inglesa, y la de defenderse, entre otras cosas, en el momento presente, del peligro que significa para los países árabes la expansión de Israel. De aquí que Egipto se presente a veces como amigo de Rusia o de Estados Unidos, a veces de cualquier otro país europeo, ya que tal actitud no significa otra cosa que una manera de lograr en nuestro mundo contemporáneo los medios que permiten lograr el bienestar de Egipto y consolidar su independencia.